

Los santos aventureros



Santa Teresa en éxtasis. (Obra de Bernini en la Iglesia de Santa Maria de la Victoria, Roma.)

Itinerario de Teresa de Cepeda, sembradora de conventos



Vista general de Avila de los Caballeros, desde los restos del templete llamado «los cuatro postes».

Carlos Sampelayo

EN el escudo de los Cepeda figuraba el león, por sus triunfos en las guerras, y ocho cruces de San Andrés en recuerdo de ocho estrellas que Fernando III y sus hombres vieron en el cielo al pasar vencedores por la puerta de la casa.

Desde pequeña —cinco años— Teresa de Cepeda juega con sus numerosos hermanos en el patio de la casa, a hacer casitas, ermitas sobre todo, se viste de monja, guerra contra los que figuran ser infieles y hace como que recorre el mundo haciendo heroicidades y finge morir martirizada. Son los juegos infantiles de la época que en Teresa vemos como un acento premonitorio. Es el tiempo en que los hombres jóvenes sólo tienen dos carreras para realizarse: cura o soldado. La más importante es la

segunda, la que elige la gente noble, y seis hermanos de la muchacha se hacen militares y se van a las tierras recién conquistadas del otro lado del océano.

Infancia y adolescencia

Quería mucho a sus padres, condición de niña buena. Teresa recuerda a su madre sobre todo, pálida resignada de gesto, muy bella, pero modesta, sin afeites, llena de paz, inteligente. Los vestidos de su juventud —murió de treinta y tres años— eran austeros como los de una vieja.

A los dieciséis años llevan a Teresa a un monasterio, tras casarse su hermana. Es la costumbre de las familias con las hijas solteras y sin merecer. Al

comenzar el noviciado se alborota el convento con un supuesto milagro ocurrido entre las monjas.

En el día de difuntos de 1533 entra Teresa en el convento de la Encarnación de Avila. Entrar para siempre en un convento a los 18 años es encerrarse viva en lóbrega prisión de angustias. Parece que debió sentir Teresa al tomar la resolución, una comezón en su cuerpo, como si los innumerables encantos del mundo la quisieran retener en él. Siente un gran dolor, cuando lo describe así: «No creo sea más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me aparta de sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor de padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no



El padre Gracián.

bastaran mis consideraciones para ir adelante.»

Pasado un año de haber profesado Teresa cae enferma grave y tiene que pasar el invierno en casa de su hermana María, en Castellanos. No puede salir de la alcoba. Se contenta con ver tras los cristales del ventanal el campo, el cielo, el sol. Son los primeros éxtasis. Reza y llora, y cuando limpia sus lágrimas se siente transportada al cielo, se serena, el mundo para ella está distante. Delirios sin duda de la enfermedad, en los que cree ver a Dios igual que Iñigo de Loyola creía ver a la virgen en otra enfermedad con delirios.

Otra vez el convento

La vuelven al convento, donde convalece, *resucita* y empieza a manifestarse en ella la poetisa que canta versos propios en la huerta. Todas sus compañeras la quieren, porque no le gusta murmurar de nadie, ni tolera que delante de ella se murmure. Además su característica resignación va siempre acompañada de buen humor, alegría y esperanza.

Al filo de aquel alivio y

cuando empieza a sentir más hondamente el deseo, el trastorno y la angustia de su corazón religioso, la enfermedad de su padre, la hace salir del convento nuevamente para acudir a su lado. Cuando muere Alonso de Cepeda, a Teresa le parece que se le ha quedado cara de angel y lo achaca a lo bien dispuesto y sereno que ha partido para el otro mundo.

Una noche va a su celda acompañada de dos sobrinas cuyas también monjas y comentan la relajada regla que se observa en el convento, con la que no están conformes. Una de las sobrinas le dice: «Pues vámonos las que estamos aquí a otra manera de vida más solitaria, a manera de ermitañas.» Esta exclamación envalentona a Teresa y acuerda revolucionar la orden del Carmelo. Al despertar el día siguiente, no ha podido olvidar las palabras de su sobrina y ha concebido un amplio proyecto.

La revolución

Su ilustre amiga abulense doña Guiomar de Ulloa es quien primero conoce los planes de Teresa, y se compromete a ayudarla en todo con su dinero y su influencia. Sin embargo, no se atreve la monja a fundar de sopetón el pequeño convento que proyecta. Pero es cuando empieza a perfilarse la historia de Teresa de Jesús con acusado acento de clara definición. Su confesor aprueba la idea y quiere consultarla con el provincial de los carmelitas fray Angel de Salazar, aunque antes ella quiere contar con más firmes apoyos como son Pedro de Alcántara y Luis Beltrán, otros dos frailes que fueron luego canonizados, los cuales tenían mucha influencia y autoridad. Escribe al segundo y éste le responde: «Madre Teresa: recibí vuestra carta, y como el negocio el cual me pide consejo es de tal manera para el servicio del Se-

ñor, he querido encomendárselo a mis pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa de mi tardanza en contestar.» Aprueba el proyecto lo mismo que el de Alcántara, y las dos opiniones le hacen emprender con ánimo la batalla a Teresa.

Pero temerosa de que la hostilidad contra su empresa obstaculice sus acciones recurre astuta a su hermana Juana, casada en Alba con un hidalgo pobretón llamado Juan de Ovalle para que sean ellos quienes en su nombre compren la casa que ha de servir para convento, una casa en la que hay que hacer obras cuyo coste supera el dinero que ha podido obtener. Mas entonces llega del Perú un legado con el que puede terminar la reconstrucción, enviado por uno de sus hermanos, Lorenzo de Cepeda, que había marchado a las Indias en busca de fortuna.

Aunque la casa es humilde y estrecha, Teresa considera que es buena para su propósito. Han terminado las obras del nuevo convento y las pocas monjas que la siguen están dispuestas a trasladarse a él, abandonando la Encarnación, pero no cuenta Teresa con las artimañas de la administración eclesiástica española de todas las épocas. Cuando todo se halla a punto, recibe la fundadora una orden imperiosa del provincial de la Orden fray Salazar para que en compañía de otra monja parta inmediatamente a Toledo, a fin de consolar a doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, que acaba de quedarse viuda.

El convento se inaugura. Motín

A primeros de enero de 1562, Teresa marcha a Toledo. El viaje en mula es largo y esforzado, como una penitencia.

Cuando recibe permiso para

volver a Avila, tiene instantes de vacilación. Pero en Avila le espera el triunfo. La reciben Francisco de Salcedo, el maestro Gaspar Daza, Gonzalo de Aranda, fray Pedro Ibáñez y fray Pedro de Alcántara, todos convencidos ya de las razones de Teresa. Esta se había esforzado en convencer al Obispo, que entonces se hallaba en Avila, de lo útil para la religión que habría de ser el nuevo convento. Así el mismo día en que Teresa llegaba, recibían doña Guiomar de Ulloa y su madre doña Aldonza de Guzmán, la bula papal autorizando el convento de San José, como lo denominara Teresa, quien dio los últimos toques a la casa para que quedara decente, aunque humilde.

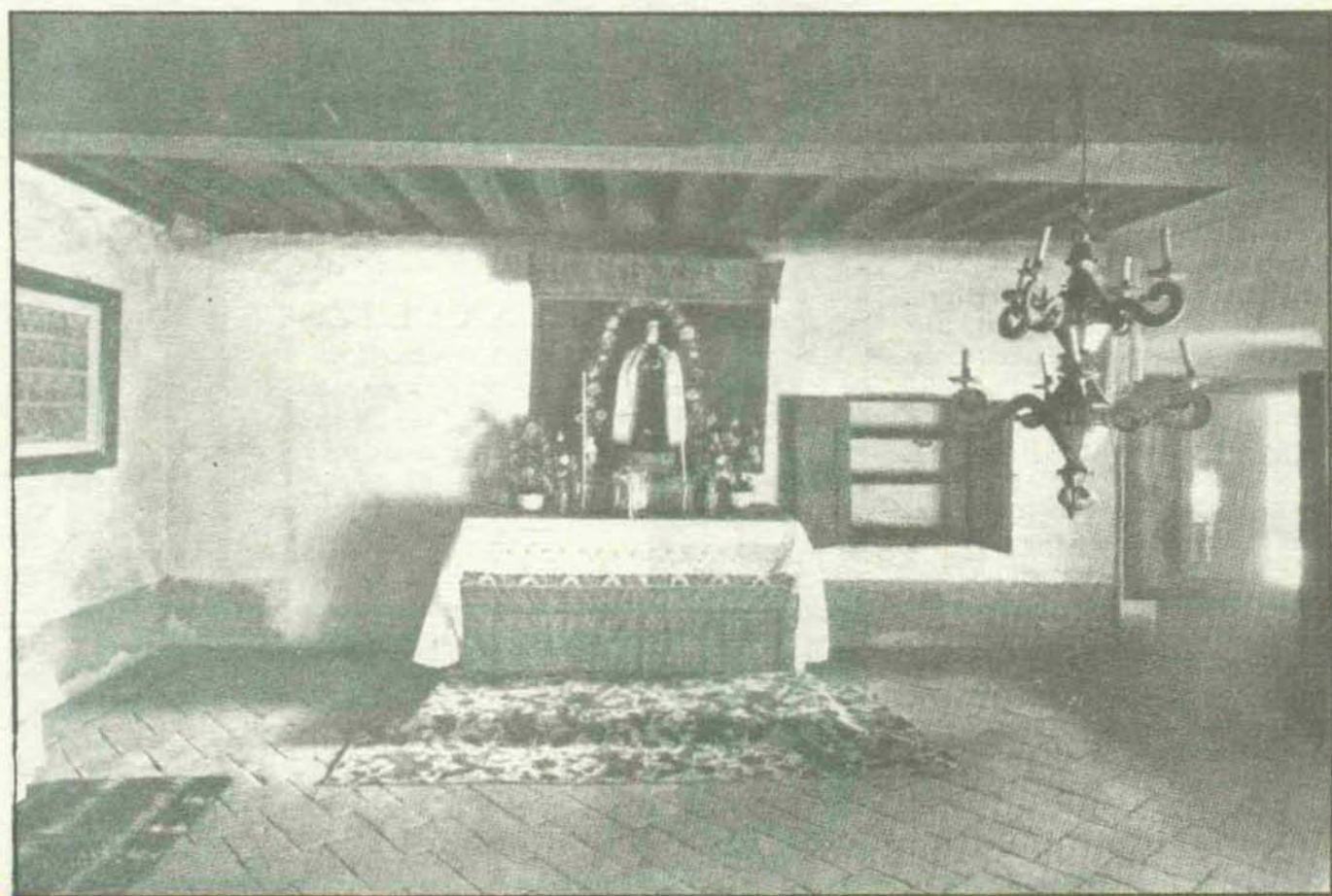
Su deseo ahora es fundar nuevos conventos en toda Castilla. Mas las intrigas y las insidias suben de tono y las monjas de la Encarnación hacen que Teresa vuelva a ese convento para acusarla ante el

claustro. Pero Teresa se defendió con tal fervor y elocuencia que las monjas acusadoras quedaron también convencidas de sus razones. Sin embargo, el clamor de todo el pueblo hace que el Provincial tome cartas en el asunto e indica a Teresa que ingrese nuevamente en La Encarnación, donde está seis meses sin hacer nada, mientras sus amigas la defienden fuera y defienden el convento pequeño de estas adversidades. Se está a punto de destruirlo. Las cuatro monjas sin su timonel las pasan *moradas*, y desde la Encarnación la fundadora desarrolla todas sus influencias para que las dejen en paz. Cuando vuelve a San José, calmados los ánimos, Teresa continúa su lucha por crear nuevos conventos, cultivando amistades que le pueden favorecer. Es cuando la fama de Teresa brilla más que nada por su afán de fundadora. Se dedica a escribir sin descanso, sobre todo una autobiografía,

quizá el mejor de sus libros, *Camino de perfección*, mismo título que siglos después daría Baroja también a una de sus mejores novelas basada en el fatalismo clerical.

Segunda fundación

En Medina del Campo viven sus antiguos confesores y amigos fray Antonio de Heredia y Baltasar Alvarez. Y a ellos acude Teresa para fundar un nuevo «conventillo» en aquella ciudad. Elige una casa, pero el alquiler es tan caro que la desanima. Aunque una vez más ayudada por el maestro Julián de Avila consigue apalabrar el edificio. Se pone en camino, con monjas y todo, en un carro, y llegando a Arévalo se entera de que los agustinos se oponen a que se establezca un convento cerca del de ellos, y el dueño de la casa, en vista de esta oposición, se ha echado atrás. Teresa y el maestro que



Convento de la Encarnación. Celda que Santa Teresa ocupó durante más de veinte años (Avila).

la acompaña deciden no decir nada a las monjas y continuar caminando fiados a la Providencia. La luchadora surge nuevamente.

Su tesón se traduce en correrías y caminatas. Desde Arévalo parte para Olmedo donde vivía entonces el obispo de Avila. Marcha luego ya a Medina y en el camino tiene la suerte de encontrar a la viuda de Medina, dueña de la consabida casa medio arruinada. Esta dama es toda galantería para la monja andariega, y la autoriza para que pida al mayor-domo y el ama de llaves las de la casa y les diese orden de que inmediatamente la dejaran en su poder. Llega de noche a Medina y comienza a tratar de arreglar la finca, que cada caso que da en ella le parece peor a Teresa, la contempla sobrecogida al observar la desolación de todas las dependencias. Lo que más la inquieta es que pueda ser robado el Santísimo Sacramento una vez entronizado allí.

Ya fundado este otro convento, Teresa se dirige a Alcalá y Malagón, viaje largo en el que la acompaña doña María de Mendoza con su coche y las dos monjitas que casi siempre van con ella. Por las noches se detienen en los castillos del camino donde la dama tiene amigos. Cuando llegan a Madrid, Teresa se deslumbra ante un mundo nuevo superior al de Toledo. La hermana de Felipe II, princesa del Brasil, ya tiene admiración por Teresa, y la invita a pasar dos semanas en el convento de las franciscanas descalzas —ese que está en la plaza del mismo nombre—, cuya superiora, sor Juana de la Cruz, era hermana del duque de Gandía (Francisco de Borja) a quien Teresa había conocido en Avila como el padre Francisco el Pecador. («No más servir a señores que en gusanos se conviertan»)

En la Cuaresma de ese año de 1565 pide nuevos refuerzos monjiles a Avila para fundar también en Malagón, donde

acompañada del párroco busca una casa apropiada. Le señala el cura un lugar, y ella hace una profecía: «Dejemos este para los frailes descalzos de San Francisco, que aquí han de fundar.» Pocos años más tarde la profecía se cumple.

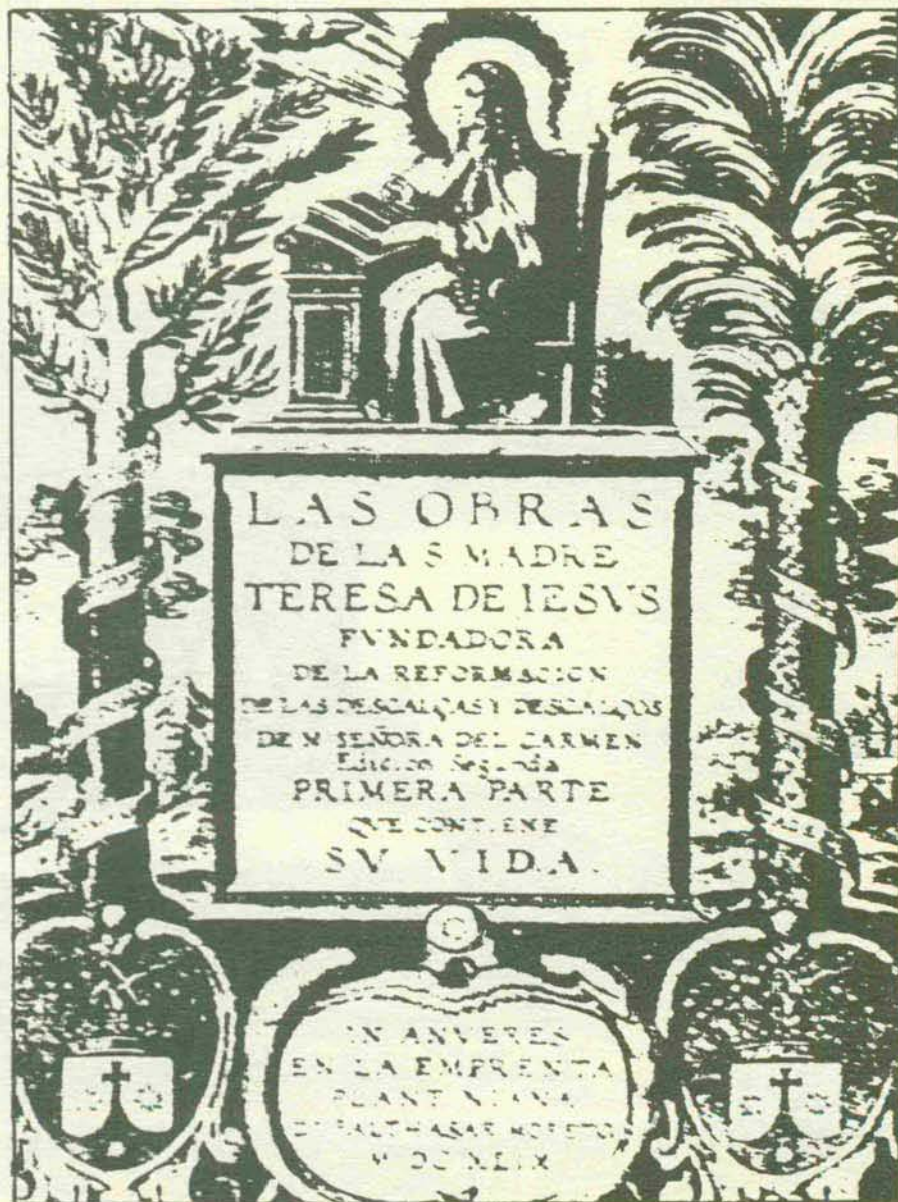
Monasterios de frailes. Juan de la Cruz

A los 53 años piensa que debe apresurar su obra incansable, y pasados dos meses desde la fundación de ese convento vuelve a Avila. Se le ocurre

ahora fundar también convento de frailes, aumentando su nuevo deseo al que Heredia, prior de los carmelitas, lo aprueba con gran sorpresa de la monja caminante.

Le ha puesto ojo a Valladolid para su nueva y revolucionaria fundación. Aunque se encuentra ya muy cansada de tanto ajeteo, alquila otra casa junto al Pisuerga, y lleva albañiles para que reparen tapias y levanten muros. Todo el dinero que precisa Teresa para tanta fundación es recogido de sus amigas y amigos nobles. Mientras tanto España está llena de mendigos.

Recibe el breve autorizándola para fundar sus dos prime-



Portada de las obras de Santa Teresa, editadas en Amberes por Plantino, en 1649.

ros monasterios de frailes. Esta idea la llevaba trabajando su espíritu constantemente. Pero no conoce en toda España seglar o fraile alguno dispuesto a ayudarla en esa nueva empresa. Únicamente el prior Heredia, que le había dicho que él sería el primero de sus frailes, con el asombro ya consignado de la monja.

Un padre joven, que quiere ingresar en los cartujos, es disuadido por ella hasta que tenga fundado el primer monasterio carmelita de religiosos. Lo ha conocido en Medina, y es tan débil de cuerpo y bajo de estatura, que cuando Teresa habla de Heredia y de él, suele decir «mi fraile y medio». Sin embargo el joven refleja inteligencia en su rostro y una tendencia a la reflexión y el pensamiento profundo. Después de tratarlo mucho Teresa ha dicho: «Yo podría mucho más aprender de él, que él de mí.»

Consigue la monja la licencia para fundar el primer convento frailuno en Duruelo, lugar pequeño que cree el mejor albergue para los que buscan la tranquilidad huyendo de la incomodidad mundana. Instruye en Valladolid a Juan de la Cruz (que no es otro que fray Juan de San Matías, el «medio fraile» que habría de adoptar luego ese segundo nombre) en las prácticas de la vida carmelita descalza.

**Los frailes
excéntricos.
Insultada,
acusada y
amenazada**

Hay que registrar ciertas manías de algunos de los religiosos. Fray Antonio de Heredia ingresa en el convento llevando cinco relojes. Como Teresa se riera, el fraile dice que los lleva para tener las horas bien concertadas, porque «no quería ir desapercibido».

Teresa quedaba encantada



Felipe II, Rey Católico de España (1527-1598). Pintura de Pantoja de la Cruz.

del espíritu que veía en aquel conventito. Una de las cosas que le llamó la atención fue una cruz de palo, pequeña, que usaban para el agua bendita «que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo y que poseía más devoción en el alma que si fuese de cosa muy bien labrada».

Le falta Toledo. Uno de sus mayores deseos es fundar en Toledo, la deslumbrante. Y hacia allá se encamina acompañada de otras dos monjas y un cura. Viaje difícil a través de la sierra hasta llegar a El Tiemblo, donde hay una posada para descansar. Pero allí hay también un arriero anticlerical que insulta a las monjas y está a punto de agredirlas. Amenaza de muerte a los que le sujetan, y al final se va a ver

al Corregidor y denuncia a las monjas por robo. Los orígenes del suceso no están bien aclarados; mas el Corregidor, despertado a aquella hora, atiende la querrela y se persona en la posada. Pero si no es porque reconoce a la madre Teresa, ésta y sus acompañantes habrían ido a la cárcel.

Al llegar a Madrid se ve con la princesa de Brasil a quien entrega un documento lleno de consejos para el Rey. Dice que se los ha inspirado Dios.

Y así el 24 de mayo continúa Teresa su viaje a Toledo. Con los viajes de Teresa —en carro, en coche, a pie— empalmadas las distancias —esforzados y llenos de obstáculos y tropiezos, como los de Marco Polo— se podría medir una vuelta al mundo.



Convento de la Encarnación. Silla de Santa Teresa e imagen de la misma en talla policromada (Ávila).

El convento toledano. Encuentro con la princesa de Eboli

Le entra mucha prisa por fundar el convento toledano. Pero no tiene casa y las negociaciones de licencia están interrumpidas. Con sólo dos ducados en el bolsillo, su ánimo constante le hace decir: «Ahora que nos falta el idolillo del dinero, se negociará mejor.» Se va a ver al Gobernador para hablarle con su elocuencia habitual. Tras la entrevista, con leves promesas de la alta autoridad, y con los dos o tres

ducados que le quedan comprados imágenes para el altar, dos colchones pequeños y una manta, como toda provisión de la casa que quiere fundar, y le encarga a un estudiante pobre y harapiento amigo de Juan de la Cruz, que le busque una. El estudiante se la encuentra, y una mañana, mientras Teresa oye misa le lleva las llaves. La monja las tomó en seguida y allí fundaron otro convento.

En los primeros días de junio, Teresa y sus monjitas marchan a Pastrana, pasando por Alcalá de Henares para vigilar su convento de esta ciudad, fundado fácilmente con dinero de amigos y amigas.

En Pastrana la princesa de Eboli le ofrece su palacio para

convento de frailes. Mas Teresa se niega porque es un albergue muy lujoso. A la princesa tuerta le cae muy mal la decisión de la monja y le cobra un odio que se transforma en obstáculo para la fundación que pretende Teresa. Aquella mujer dominadora no podía consentir que otra mujer, con hábito o sin él la dominase a ella. Teresa explica las obstrucciones de la de Eboli durante su estancia en Pastrana: «Estaría allí tres meses, donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la Princesa que no convenían a nuestra religión: así me determiné a venir de allí sin fundar, antes que hacerlo (...)»

Luego, tras haber fundado pues humildemente el convento de frailes de Pastrana, lo que le llevó a una larga estancia en Toledo, Teresa recibió una carta del rector de los jesuitas de Salamanca, pidiéndole que fundara también un convento en esa ciudad, «que será de gran provecho para la Iglesia».

Más pleitos y tropiezos materiales

Teresa ya está cansada, no tanto de andar por caminos de nieves o de sol, sino por los obstáculos de toda índole que se oponen a sus planes. Pero como cree que estos obstáculos se los pone el mismo demonio no ceja en darle la batalla y saca fuerzas de la flaqueza física. Encarga a una señora amiga suya que le busque una casa en Salamanca y la señora la encuentra, aunque la casa está llena de estudiantes. Teresa hace a pie casi todo el camino de Toledo a Salamanca, acompañada siempre de la misma monja. Los estudiantes no quieren irse de la casa en cuestión. Recaba la influencia de un conspicuo que consigue desalojar la casa. Es como desnudar a un santo para vestir a

otro. Quita estudiantes para meter monjas.

Esta fundación es la que hace Teresa con menos medios, con mayor pobreza. Trajo las monjas de Medina del Campo, y quedó fundado el «monasterio».

A los dos meses se parte de allí para Alba de Tormes. Quiere sembrar de conventos toda España. Hace el camino —cinco o seis horas— por campo yermo, rastrojales y cañadas. En Alba la recibe la Duquesa, una admiradora, quien la aloja en su palacio, con su compañera, uno de los palacios más valiosos y lujosos de España. Esta vez es Teresa de Lais, una rica señora que le presenta la Duquesa, la que sufraga los gastos de fundación del convento de Alba, que celebra su primera misa el 25 de enero de 1570.

La vejez no merma las facultades y la capacidad de trabajo de Teresa; antes bien la aumenta con las dificultades que van creciendo a medida que sus fundaciones son más numerosas. Los conflictos son tanto dentro de los conventos como al exterior donde los *impiadosos* ven con inquina los plurales propósitos de la monja emprendedora. Va de Salamanca a Toledo, sin descanso, para disponer, aconsejar, trabajar, resolviendo cuanto hay que resolver, o dominando de momento los problemas. Medina es otro foco de ellos. La monja andarina va otra vez allá, a poner paz entre el Principal y sus monjas, porque él quiere imponerles una priora que no soportan las otras. Tanto es el valimiento de aquella priora que ordena a Teresa y su acompañante Inés de Jesús que salgan inmediatamente de la ciudad so pena de excomunión.

Rebelión monjil

Con el tiempo fue resolviéndose aquel conflicto o pelea



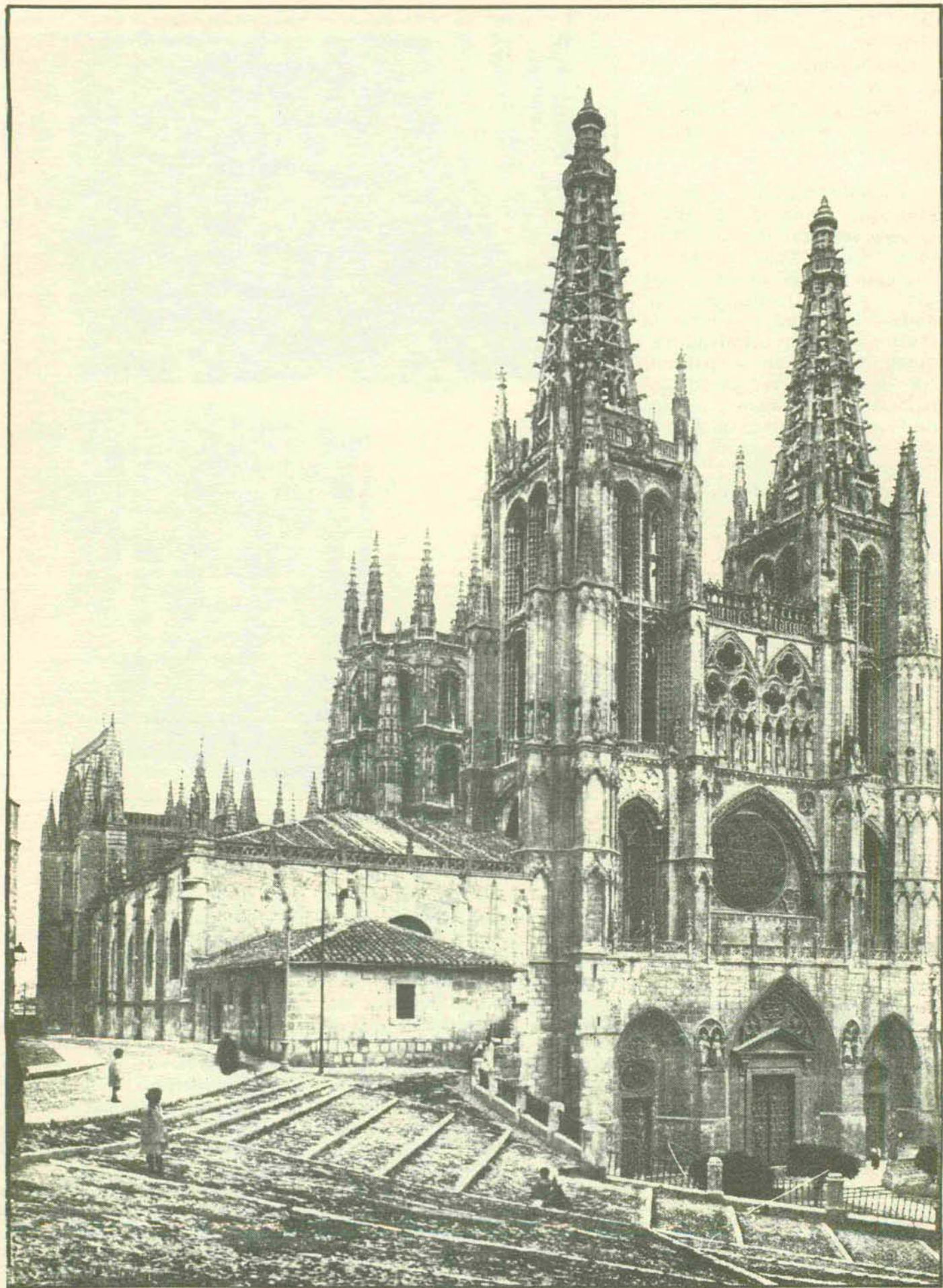
Fray Luis de León (1527-1591). Retrato existente en El Escorial.

entre monjas, al que no era ajeno el enojo del Provincial, por cierto pleito habido con la dote de Isabel de los Angeles que sirvió para fundar el convento. Con el tiempo, decimos, la priora-directora demostró su incapacidad, y su valedor tuvo que restituir a las monjas el derecho a gobernarse por sí mismas. Fue nombrada priora Teresa, y la vemos otra vez caminando por Castilla hacia Medina, en época de lluvias. Al anochecer han tropezado con un río que viene muy crecido y es peligroso atravesarlo. Ninguno de sus compañeros se atreve a ello; más Teresa llega a la orilla, se echa los hábitos por la cabeza, se levanta las enaguas y se me-

te en el río, dando voces a Julián de Avila y los arrieros que la acompañan: «¡No nos conviene quedarnos aquí al relente toda la noche!»

Y llega a la otra orilla, emulando a Moisés.

Al poco tiempo de ser priora en Medina, su constante inquietud la lleva a abandonar el cargo y volver a Avila, donde en la Encarnación hay otra vez conflictos entre las monjas, y los principales de la Orden creen que para aplacar los ánimos lo mejor es que Teresa se haga cargo del convento. Por lo que aquellas monjas que reprochaban antaño el *reformismo* de la monja fundadora tienen que apenar ahora con su dirección y sus severas reglas.



La catedral de Burgos en el itinerario de la Santa.

Pero aquellas monjas siguen sin aceptar las disposiciones reaccionarias que les pretende implantar Teresa.

Tras las bofetadas la paz. El tenorio en el convento

Y estalla una contienda en la que hay bofetadas incluso entre religiosas y frailes, cuando el Provincial lee el nombramiento de Teresa como priora. Esta trata de poner paz y se acerca a varias monjas que se han desmayado entre gritos histéricos y pataleos. Les da unas cariñosas palmaditas en la cara y van volviendo en sí naturalmente, aunque algunas y algunos creen que es el contacto de Teresa lo que las vuelve a la vida.

Se restablece la paz, pero a la noche estando ya sola la nueva priora con las monjas, vuelve a relampaguear entre éstas otro motín negándose rotundamente a obedecer a Teresa. Capea el temporal como puede y al día siguiente, todas las hermanas llamadas a Capítulo, ven con gran sorpresa que en lugar de estar sentada Teresa en la silla presidencial, ha puesto en ella la Imagen de la Virgen de la Clemencia con las llaves del convento en las manos. A sus pies, muy humilde está la «reformadora». Había calculado que aquel golpe de efecto iba a conmover a las monjas, y aprovechándolo les habla con suavidad no exenta de entereza, reduciéndolas al acatamiento de su mandato.

Así se entera de ciertos devaneos de las monjas, con un muchacho que suele ir al locutorio a hablar con ellas, y luego se jacta en el pueblo de tenerlas a las unas y a las otras conquistadas amorosamente. Teresa le llama y le explica con muchas y detalladas razones lo improcedente de su conducta.

Le pide que no vuelva más por el convento para no alborotar a las monjas. El joven se burla de ella.

—¿No te convencen todas estas razones para cesar en tus galanterías?

El dice que no, y Teresa replica:

—Pues me queda otra.

—¿Cuál?

—Romperte la cabeza, tanto si vuelves al locutorio como si te atreves a acercarte al convento.

Uno de los frailes que lleva a la Encarnación para que se encargue de los servicios educativos es Juan de la Cruz, cuya amistad ha cultivado tierna y admiradamente. Es su consuelo y un poco su maestro de literatura, ya que Teresa en esto es autodidacta.

La vida conflictiva

De conflicto en conflicto, la reformadora es la mariposa de la paz. En julio de 1573 surge el conflicto en Salamanca, y tiene que abandonar la Encarnación para ir allá, en un viaje improbable a sus años, sus fuerzas físicas, su enfermiza contextura. La acompañan fray Antonio de Jesús, doña Quiteria de Avila, monja de la Encarnación, y el fiel maestro Julián, biógrafo de estas idas y venidas llenas de tropezones. Los acompañantes pierden a Teresa en la ruta, y tienen que dividirse para buscarla cada uno por su lado. Al fin y tras gran alarma aparece la monja en compañía de Quiteria y de un labrador que la ha encaminado.

Sobre el estado en que se encuentra la casa del convento salmantino escribe Teresa: «Ninguna de mis hijas ha tenido que pasar tantos trabajos como las monjas de Salamanca.» Busca otra casa mejor y las aloja en ella. Diez años dura el pleito del propietario de la casa con la monja, porque él

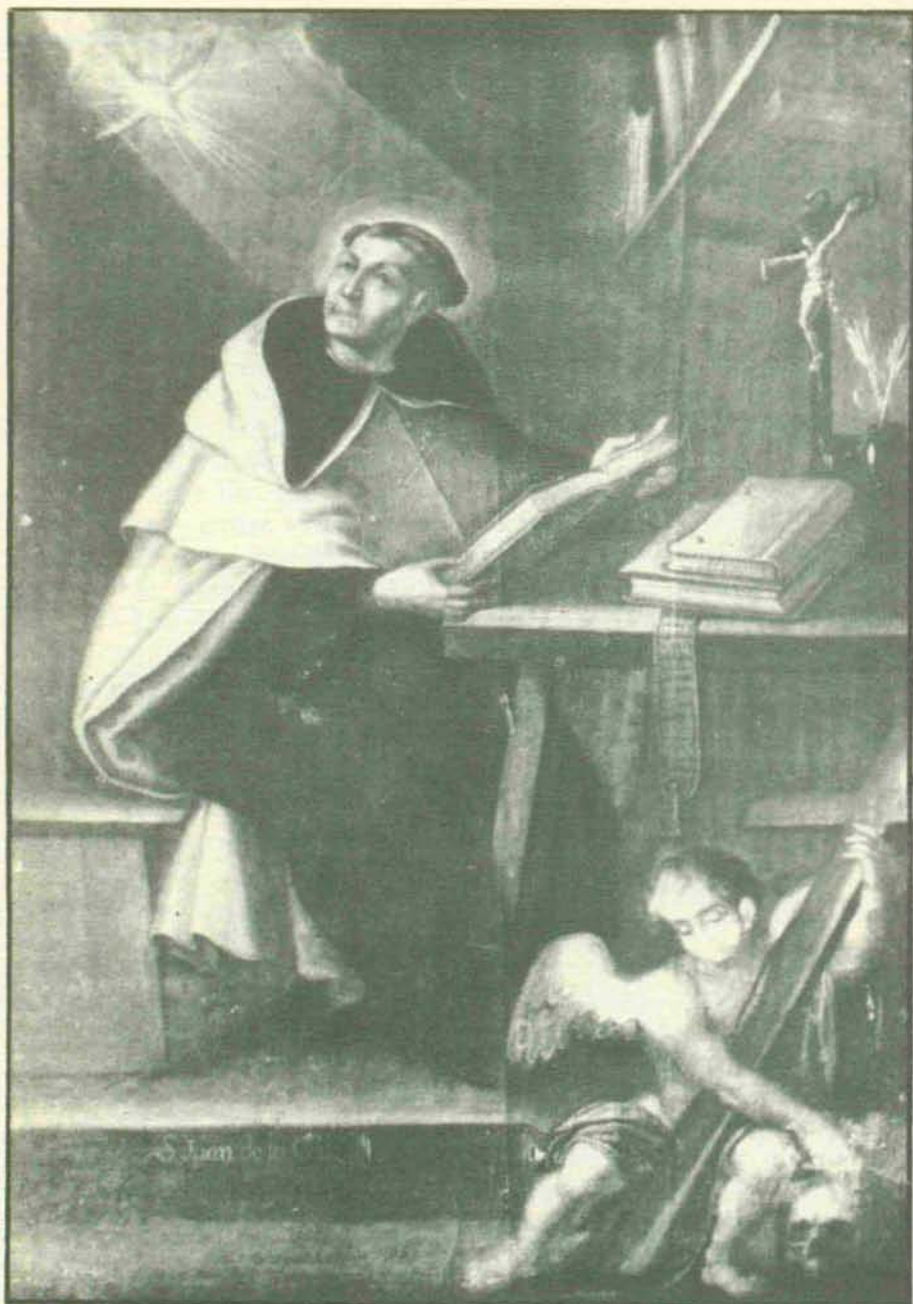
quiere cobrar al contado y ella paga a plazos. A fuerza de habilidades como siempre consigue salirse con la suya evitando la expulsión con que la amenaza constantemente el casero.

Sin acabar el pleito marcha a Alba de Tormes para resolver otras cuestiones, y después a Segovia, andando nuevamente por malos caminos y durmiendo en los pajares. Otro conflicto. El provisor de esta ciudad monta en cólera al saber que va a fundar allí otro convento teresiano y entra en él desafiadamente tratando incluso de meter en la cárcel al «mínimo y dulce» Juan de la Cruz. Teresa tiene amigos en todas partes y gracias a un canónigo pariente suyo que reside en Segovia, consigue que éste ablande al Provisor.

Se produce un conflicto más en Pastrana entre la princesa de Eboli y las monjas. La primera ha tomado ya hábito y quiere que ellas le sirvan de rodillas, como corresponde a su alcurnia. Teresa desde Salamanca indica a la Priora cómo ha de proceder, y al fin es la medio invidente de Eboli la que tiene que abandonar el convento, pero las priva del edificio que es de ella y las monjas tienen que abandonar el cenobio y marchar a Segovia escoltadas por curas y frailes, donde Teresa las recibe maternalmente, las instala en una nueva casa, y emprende la vuelta a Avila.

El más largo viaje. Octavo convento

Sin embargo, a los sesenta y cuatro años, en 1575 sufre su más importante y largo viaje. Ha alcanzado ya la fama, una fama que halaga su vanidad y la impulsa a seguir su obra. Va a fundar ahora en un pueblo chico de Sierra Morena llamado Veas, llamada nada menos para que funde allí, por una



San Juan de la Cruz, pintura de Joaquín Canedo, en el Museo Provincial de Valladolid.

hija del hidalgo Sancho Rojas, familia de «cristianos viejos, la sangre sin mancilla», explica la fundadora. La joven quiere pertenecer a la severa Orden carmelitana, ofreciendo casa y todo para ello. Por eso Teresa, loca de contento se encamina hacia allá tras cuatro años de gestión, porque Veas pertenece a los Caballeros de Calatrava, y ese tiempo ha necesitado para conseguir las licencias de los mismos. Tenía ya mucha experiencia y no quería exponerse a un viaje sin fruto. Pasa por Almodóvar porque en este pueblo fray Antonio de Jesús

está fundando un convento de frailes como los que funda Teresa, quien va como siempre haciendo la ruta a pie, o montada en carros o borricos. Es lo que podríamos llamar a veces en «carro-stop» de la época. La acompañan algunas monjas y todos se pierden, guías y monjas, por las intrincadas peñas de Sierra Morena. La voz de un arriero las aconseja el camino a seguir desde el fondo del valle, pero todos creen que esas voces son un milagro del cielo propiciado por la santa. Tienen que atravesar el caudaloso Guadalquivir en mulas y

dice Anda de Jesús que apenas tocaron el borde del agua se encontraron en la otra orilla. Otro milagro.

La diferencia de Andalucía con Castilla asombra mucho a Teresa. Cuando llega a las puertas de Veas, el carro en que va es escoltado por los campesinos. Teresa baja en la plaza, cubierta por un velo de la cabeza a los pies. Anda encorvada ya y con trabajo. La hija de Sancho Rojas y su hermana están traspasadas de emoción y alegría. La encaminan a su casa que desde ahora será el octavo convento de Teresa. No ha tenido en toda la vida un recibimiento igual.

Encuentro con Gracián. Viaje a Sevilla

A pesar de la unidad española, que tiene ya más de un siglo, Teresa siente los hechos diferenciales de sus regiones en Andalucía. El halagador paisaje de Veas nada tiene que ver con los otros paisajes que conoce. Ni sus gentes.

A este pueblo ha llegado un fraile carmelita cuya obra se halla muy vinculada a la de Teresa de Jesús. La entrevista con Gracián (Jerónimo, no confundamos con el jesuita Baltasar, autor de «El Criticón» y máximas filosófico-realistas) influye definitivamente. Siente tan grande admiración por él que no puede por menos de exteriorizarla a sus otras amistades. Los hombres que producen admiración en Teresa marcan su camino.

En el siglo XVI el prejuicio castellano contra Andalucía era más intenso que nunca. Teresa también lo sentía, y tras las primeras alabanzas a la tierra andaluza, se le reproduce conforme pasa el tiempo en ella. Pero Gracián le aconseja ir a Sevilla y la monja obedece. Se pone en camino en vísperas de Pascua Florida, acom-

pañada ahora de una comitiva de monjas y frailes castellanos en desvencijados carros, a los que Teresa llama el Purgatorio, por el sol candente que da sobre ellos con saña. Incidentes y penas pasan todos en el viaje, con la madre ya vieja y enferma de un tabardillo que le dio mucha fiebre y un fuerte delirio. ¡Qué horrible es el sol andaluz para ella! Sin embargo prefiere estar bajo él que en las ventas incómodas del camino, donde las camarillas son como hornos que agravan su enfermedad.

Llegan a Córdoba y el Corregidor los detiene a la puerta de la ciudad. No consiente que entren carros sin permiso, del que carece la comitiva. Una vez conseguido entran por las calles cordobesas, y la gente les hace objeto de bromas y bullanga. Se tienen que refugiar cuanto antes en la iglesia.

De Córdoba a Sevilla, Teresa, a pesar de sus males levanta el espíritu de los demás con graciosa conversación y cantando coplas. En Sevilla encuentra otro obstáculo en el arzobispo, resentido con ella por aquella manía de fundar tan deprisa y sin dotación. Se meten en una casa donde no tienen ni platos para comer.

Hasta que Teresa tiene la ocasión de hablar con el arzobispo, que todo vestido de seda morada, llega al conventucho dispuesto a no dejarse convencer. Pero la habilidad tantas veces mencionada y el sentido de la persuasión de la monja viajera tiene éxito una vez más, y el prelado tuerce su voluntad y le dice que haga lo que quiera.

Santa, pero combatida

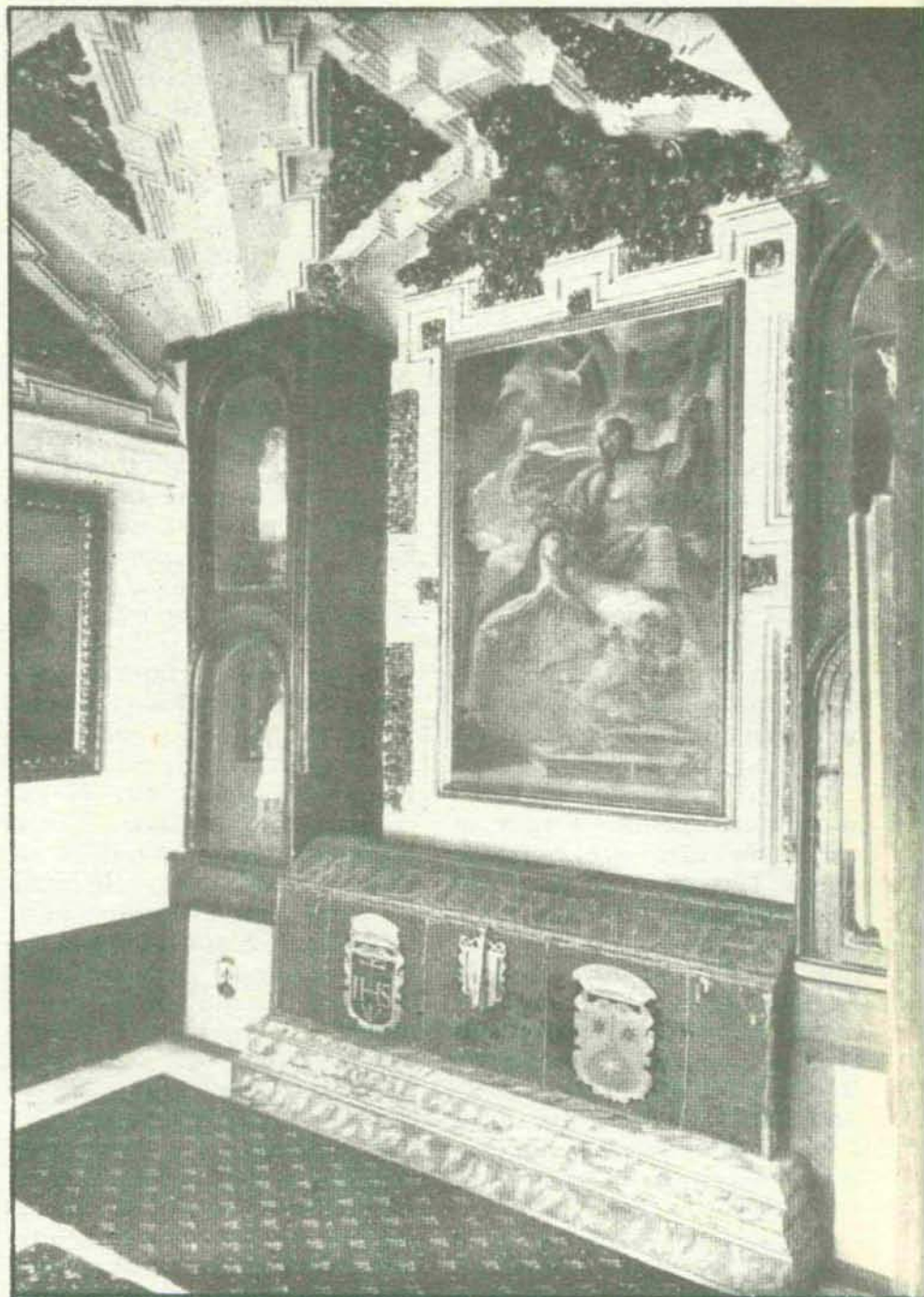
Ya en la senectud, Teresa ha convertido en realidad el sueño que tuvo al fundar su primer conventillo de San José. Mas después de tantas intrigas y sinsabores, todavía en 1577

se dictó en Plasencia un decreto contra ella. Redobla su campaña para que no le cierren los conventos. Escribe cartas al General mostrando los peligros de llevar adelante la persecución a los descalzos. Son, aparte de la de Eboli, los caseros de las casas despojadas los que mueven la discordia guerrera. Se la conmina a que abandone su obra y se recluya en un convento de Castilla. No es un premio de descanso sino un castigo. Está herida en lo

más hondo, pero no desanimada, porque es mucho su temple para afrontar esta última tormenta desencadenada, que quizá mueva la envidia, existente también sin duda entre los santos.

Hasta le envían los inquisidores a Sevilla. La lucha entre calzados y descalzos es total. Teresa se refugia en Toledo desde donde presencia el combate.

No es precisamente una ingenua la monja fundadora. Pi-



Convento de San José, de Avila. Celda de Santa Teresa y arcón donde estuvo enterrado su cuerpo.

de a Gracián que vaya a Roma. Para ella, el enemigo, cuanto más alto mejor. Recluida en su celda toledana, toda es desazón por la guerra que se hace a su reforma, por las cuestiones económicas en sus conventos —multinacional de conventos.

Prisión de Juan de la Cruz. Ofensas de palabra y obra a la Santa

A principios de 1577 la ofensiva contra los descalzos se apacigua. Pero ha vuelto de Portugal el Tostado, implacable enemigo de la reforma teresiana, y Teresa intuye un duelo a muerte entre descalzos y carmelitas. Envía a Gracián a Madrid para que hable con el nuncio, pero no puede ver a monseñor porque éste se muere antes.

Se decide a escribir al rey, y su carta tiene bastante eficacia, ya que el monarca la conoce por otros memoriales.

Nada de aquello conmovió tanto a Teresa como la prisión de fray Juan de la Cruz y fray Germán de San Matías. Indignada por tal atropello se vuelve a dirigir al rey con una carta valiente.

Los accidentes de esta lucha son interminables. Teresa se rompe un brazo —¿el brazo de Santa Teresa?— al caer por una escalera, Gracián tiene que huir por los tejados para que no le prendan como al «medio fraile». Ella consigue el triunfo al fin por sus cartas al Rey y con sus embajadas a Roma. Gregorio XIII, el 22 de junio de 1580, en pleno cónclave y por un breve erige en provincia aparte a los carmelitas descalzos.

Con el triunfo le vuelve la comeción de seguir fundando. Hace prosélitos. En Sevilla encuentra tres doncellas que quieren fundar otro convento,

fundándolo al fin en Villanueva.

Llegó a Toledo la víspera del domingo de Ramos y enfermó el jueves santo. Pero Teresa ya se han desalojado de todo sentimiento humano y se dispone a abrir un convento más en Palencia con ayuda de un caballero que le cede una casa.

Aunque de Palencia piensa ir a Burgos recibe antes mensajeros de Soria para que funde también en esta ciudad. Terminada su faena en Soria torna a Avila por Osma. De Osma marcha a Segovia en unas durísimas jornadas en que vuelcan los carros y se magulla la santa.

Llegamos al 2 de junio de 1582. Seguir a Teresa por los caminos no es acompañar a una monja sino ir al mando de un valiente jefe del ejército. Al llegar a Burgos se derrumba: tiene vómitos, calofríos y calambres, escupe sangre.

Pero... ganada la batalla de Burgos vemos en sus postrimerías otra vez la figura de Teresa, ya menos enhiesta, por los páramos castellanos. Quiere hacer otra ronda por sus conventos para que no se pierda la disciplina, para que ésta no flaque. La priora de Medina se ha sublevado y le falta de palabra y obra, insultos ¡y golpes! Es su último viaje, mas como los demás pródigo en penas y tropiezos, aunque éste es una culminación de ellos. Teresa no puede dormir en toda la noche y de madrugada sale pitando para Alba, en compañía de su Anda de San Bartolomé, sin llevar equipaje ni provisiones de boca. Va muy débil, con la muerte en los talones. Van a asistir al doloroso parto de la duquesa de Alba, que quiere que la monja esté presente como garantía de salvación. Aunque antes de llegar a la casa recibe la noticia de que el alumbramiento ha llegado a feliz término. Teresa que siempre ha querido estar compuesta y alegre delante de la gente, dice sonriendo:

Gracias a Dios que ya no era necesaria la Santa.

Ya se cree santa o lo intuye, y se refugia agotada físicamente en su convento de Alba. Con el mismo afán que recorriera los caminos de la tierra, con la llamada de la muerte en el corazón, trata ahora de recorrer los caminos de su cielo. Fray Antonio de Jesús le pide que invoque a Dios para que no le deje tan pronto sin ella.

—Calla, padre —responde Teresa severa—. ¿Y tú has de decir eso? Ya no soy menester en este mundo.

Final

Y tras estas palabras, se aceleró su mal. Las monjas le ponen ventosas y la practican sangrías. Ya se siente muerta y se sonríe irónica de aquellos remedios caseros de las monjitas procurando consolarlas.

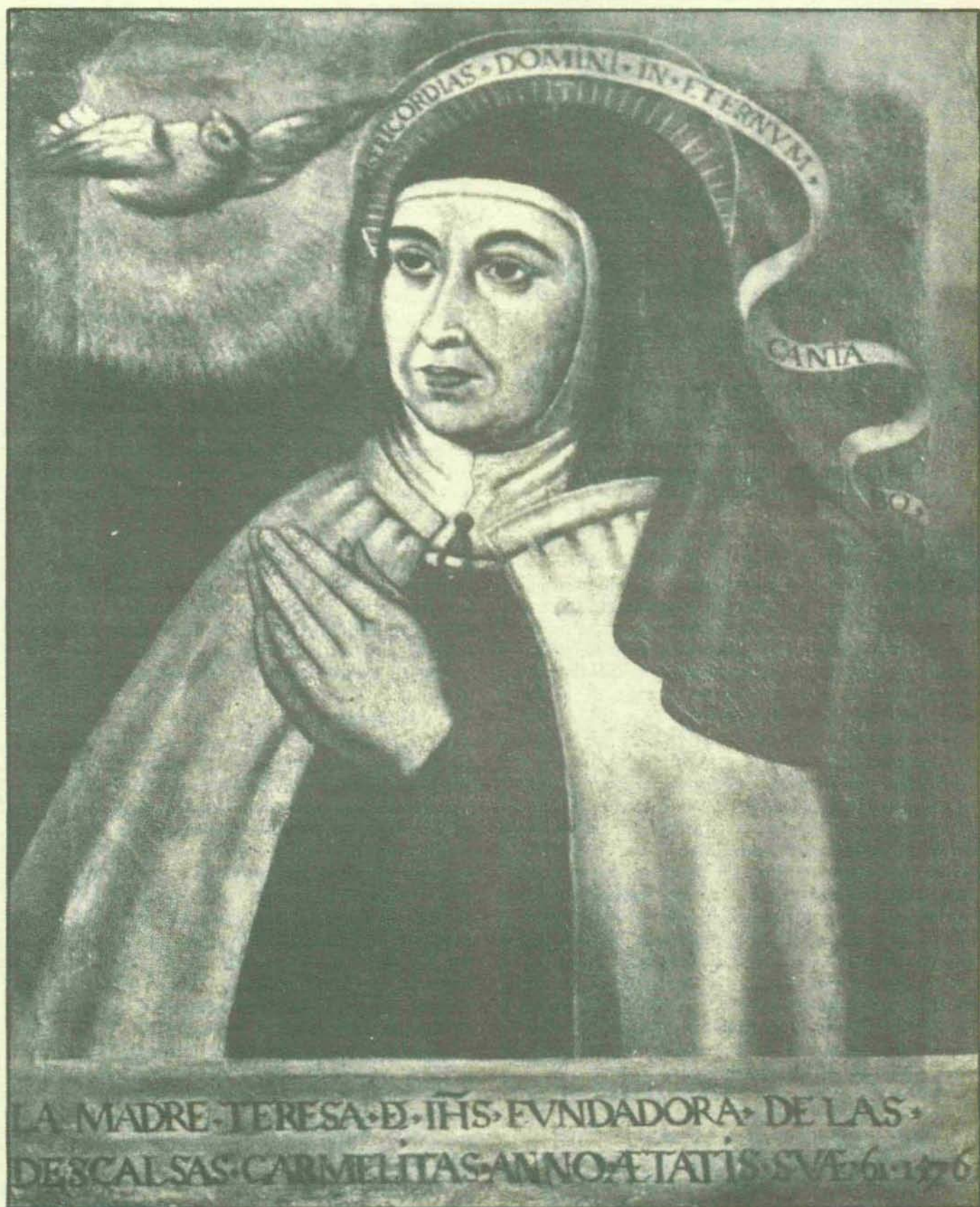
Se presenta la Duquesa a visitarla, trata de alisarle la ropa de la cama, las mantas, las sábanas, pero ella lo impide. No quiere que perciba el mal olor de aquellos unguentos y aceites con que la friccionan. Quiere irse del mundo compuesta y con semblante agradable, que todos la recuerden con sus propias armas, sonrisa y complacencia en el rostro, las cualidades con que convenciera a todos.

Los desmayos y las congojas se repiten cada vez con mayor frecuencia, pero ayuda al viático reazando ella misma. Se traspone, y al volver en sí un momento, le pregunta fray Antonio, si quiere ser enterrada en Avila... si se muere.

—Jesús, ¿eso hace de preguntar, padre mío? ¿Tengo de tener yo casa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?

Una monja le contesta afirmativamente y Teresa dice sus últimas palabras:

—Que bien me dice, madre. Mucho me ha consolado con eso.



Retrato de Santa Teresa a los sesenta y un años de edad. De autor contemporáneo de la Santa.

A las nueve de la noche del 4 de octubre de 1582, tuvo un síncope del que no salió. Cerró los ojos, se le enrojeció la cara

con un gesto de felicidad, murió aquella mujer nerviosa y caminante de media España con valentía viril pero sin men-

gua de feminidad y aspiraciones celestiales, escritora de grandes textos pragmáticos.—

■ C. S.